

Reseña: Rompiendo la Jaula de la Dominación

VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ (2018), *Rompiendo la jaula de la dominación. Ensayos en torno a la obra de Aníbal Quijano*, Santiago de Chile, Doble Ciencia, 282 pp.

La obra coordinada por Víctor Hugo Pacheco Chávez se publica por editorial Doble Ciencia en un año en que el pensamiento crítico y emancipador de Latinoamérica se despidió de uno de los grandes intelectuales del sur, del sociólogo peruano Aníbal Quijano, cuyo legado, sin lugar a dudas, ha marcado y marcará la agenda de activistas, intelectuales y organizaciones de la sociedad civil comprometidas con generar transformaciones que permitan superar la crisis que el proyecto de la modernidad/colonialidad ha ido configurando durante un largo trayecto, que ya lleva más de quinientos años ininterrumpidos.

Consciente de la relevancia que la obra de Aníbal Quijano significa para la consolidación del sur epistémico, en tiempos en que el pensamiento crítico y decolonizador debe hacer frente a los lineamientos que el capitalismo cognitivo impone a través de indicadores que estandarizan y normalizan el saber instrumental, Víctor Hugo asume el trabajo de coordinación de un libro que, a modo de tejido, va intersectando los nodos conceptuales y analíticos desplegados en los diez ensayos que componen este libro, los que en su conjunto dan cuenta de un programa intelectual y político que posiciona a Aníbal Quijano como un pensador capaz de teorizar desde la diferencia, el desmarque, el dialogismo y la heterodoxia; a la vez que releva el ejercicio analítico de Quijano, siempre en función de develar las relaciones de poder y los mecanismos de dominación que han estructurado al sistema mundo moderno-colonial; así también, da cuenta de un pensador que asume la utopística como ética necesaria para proyectar rupturas que intervengan el devenir permanente que el capitalismo y la colonialidad han asumido en su despliegue totalizador, pero no desde el discurso mesiánico de los intelectuales que asumen una especie de pedagogía emancipadora que ilumine al sujeto subalternizado, sino reconociendo el potencial de los propios sujetos que desde la periferia del patrón de mando colonial se emplazan como agentes de cambio, como agentes que buscan romper la jaula de la dominación...

Este tejido va conformando una unidad textual que parte con la puesta en valor de los trabajos iniciales desarrollados por Quijano, hasta llegar a sus últimas reflexiones en torno a las alternativas que hoy se levantan contra la colonialidad. Esta organización de los escritos permite al lector reconocer al menos tres

momentos del pensamiento de Quijano. El primero se relaciona con la cuestión de la identidad, en tanto espacio construido por las tensiones que proyecta toda relación humana subsumida a dispositivos de dominación, explotación y clasificación de las diferencias. Un segundo momento, en el cual se problematizan las tensiones económicas y culturales que se desencadenan por las relaciones asimétricas entre el norte global y los sures periféricos. Y un tercer momento, el cual puede asumirse como síntesis del trabajo anterior, que refiere a la propuesta que Quijano esboza respecto a la colonialidad del poder.

Los trabajos que componen esta obra, en efecto, van dando cuenta de estos tres hitos, y he aquí un aspecto revelador del libro: no se deberán entender como estadios fragmentados, inconexos, más bien como parte de una progresión temática que va explicitando la conciencia crítica y descolonizadora que Quijano manifiesta durante su andar intelectual. Es por ello que en el ejercicio de lectura no se encuentran espacios vacíos entre los trabajos que abordan el interés de Quijano por los escritos literarios y aquellos en los cuales la preocupación son las alternativas civilizatorias que otorga actualmente el Buen Vivir.

En los primeros ensayos, a cargo de Víctor Hugo Pacheco y Graciela Menezes, se nos presenta un Aníbal Quijano tal vez menos conocido, aquel que establece vínculos fructíferos con la literatura latinoamericana, particularmente con las obras de José María Arguedas, en las cuales encuentra insumos para ahondar en los problemas de la modernidad y la tradición, la identidad y la aculturación, lo indígena y el mestizaje, la dominación y la resistencia. El diálogo intelectual que nos plantean Víctor Hugo Pacheco y Graziela Menezes, nos demuestra la capacidad de Quijano de desmarcar el objeto literario de toda concepción estrictamente esteticista, convirtiéndolo en material de trabajo sociológico y antropológico al servicio del pensamiento y la comprensión de la realidad regional.

Posteriormente nos encontramos con aquellos escritos más focalizados en el Quijano preocupado por re-leer a Marx desde la especificidad latinoamericana, o sea, descentrando el discurso marxista eurocentrado para avanzar, así, en una lectura situada de Marx, una lectura decolonial del marxismo. En el trabajo de Jaime Ortega y Yuri. M. Gómez, seguido del ensayo de Segundo Montoya, reconocemos la preocupación de Quijano por atender la realidad latinoamericana considerando los marcos conceptuales y analíticos del marxismo, pero de la mano de un pensador que en la región fue capaz de impulsar una lectura *ad hoc* al contexto latinoamericano, nos referimos al legado de Mariátegui, con quien, además, Quijano comienza a delinear los contornos de su teoría en torno a la colonialidad del poder. Poner en discusión las coordenadas epistémicas

eurocéntricas obedece a la necesidad de revelar que las condiciones de dominación no sólo se han ejercido en los campos económicos, políticos y militares, sino, también, en el campo del conocimiento. Por tanto, la búsqueda de Quijano por abrir diálogos con pensadores locales, como es el caso de Mariátegui, debe entenderse como un acto de “desprendimiento epistémico” a través del cual se torne posible la descolonización epistemológica, con el fin de superar el modelo reproductivo del desarrollo que anula la propia historia de los pueblos, sustituidas por esquemas foráneas de análisis y producción de lo real. En este sentido, se entiende la importancia de Mariátegui en la formulación de las propuestas de Quijano, dado que en su indagación reconoce en los planteamientos del Amauta un método de acceso y comprensión de la realidad regional en el cual se intersectan *logos* y *mitos*, dualidad que tensiona el modelo cientificista de la racionalidad occidentalocéntrica, pero que funciona de modo significativo y coherente para problematizar las dimensiones materiales, históricas, identitarias y culturales que se han dinamizado al interior de Latinoamérica.

Avanzando en las lecturas que este libro ofrece, nos encontramos con dos trabajos que se detienen a analizar categorías centrales del pensamiento de Aníbal Quijano, ejercicio intelectual que tributa a la comprensión de su propuesta teórica sobre la colonialidad del poder. Me refiero al texto de José G. Gandarilla y David Gómez, focalizado en la cuestión del Estado-nación y sus relaciones con colonialidad del poder, en tanto nexos que imposibilita todo proyecto político democrático; y al texto de Pablo Quintero, en el cual se analiza la categoría de “heterogeneidad histórico estructural”, presentada como sistema decodificador para entender la crítica al desarrollismo esbozada por Quijano. Respecto al primer escrito, es relevante cuando los autores plantean que cualquier intento por abordar la cuestión del Estado-nación en el pensamiento de Quijano requiere, irrenunciablemente, situar la problemática en el marco de su crítica a la modernidad desde el punto de vista de la colonialidad. Desde esta premisa se entiende la imposibilidad democrática a la cual aludíamos anteriormente, puesto que el surgimiento del Estado-nación, en el contexto de nuestra región, está sustentado en una matriz colonial de poder que ha jerarquizado poblaciones completas a partir de un sistema de clasificación social fundado en la idea de raza, siendo el Estado-nación un aparato que, imbricado al capitalismo, vendrá a reproducir permanentemente las relaciones de dominación entre sectores racialmente diferenciados. Por su parte, el escrito de Quintero, al detenerse en la noción de “heterogeneidad histórico estructural”, plantea una reflexión sobre la noción y el ejercicio del poder que irrumpe con todo reduccionismo determinista y

posicionado desde una lectura jerárquica del mismo. Con esta noción, la teoría de la colonialidad de Quijano se complejiza, puesto que posibilita entender las relaciones de poder como un ejercicio en red, en el cual se articulan relaciones de múltiples interdependencias, dando cuenta de la “combinación y contraposición de muy diversas matrices estructurales que se articulan en torno al eje central del capital” (Quintero, 2018, p.129). Con ello, Quijano sostiene que la totalidad del sistema está cruzado por múltiples formas de poder, que van de lo simbólico a lo material, de lo subjetivo a las relaciones sociales, de la sexualidad al género, de la territorialidad a la autoridad, explicitando que cada elemento de la totalidad del sistema funciona por medio de relaciones de mutua dependencia. Con esta noción ya despejada, Quintero transita hacia la crítica que Quijano formuló sobre la idea de desarrollo. Aquí, de modo muy sucinto, diremos que lo medular de dicho análisis es reconocer que el desarrollo obedece a una “idea/fuerza” que se implementa en las sociedades modernas-capitalistas-coloniales como un esquema unívoco a replicar, puesto que, a diferencia de aquellos análisis centrados en la mera materialidad económica del desarrollo, para Quijano éste logra su efectividad porque incide en diversas dimensiones de la vida social, representando un esquema en donde lo mercantil está anexado a modelos de acción y pensamiento que al justificar la expansión y acumulación del capital han permitido tornar perdurable las desigualdades sociales a escala planetaria.

Los dos siguientes ensayos abordan la búsqueda asumida por Quijano para pensar alternativas que permitan superar la crisis promovida por la modernidad/colonialidad. Sobre este tema, tanto el trabajo de Dania López como el de Alicia Hopkins ofrecen un panorama sobre las reflexiones que el pensador peruano ha desarrollado como utopística que vislumbra un horizonte descolonizado. En el escrito de Dania López el punto de atención refiere a la incidencia del concepto y la praxis de la reciprocidad en el armado de una “economía alternativa” que sea capaz de confrontar la regulación capitalista, además de promover un sistema de intercambios que asegure superar la marginalidad que experimentan diversas poblaciones del orbe. La noción de reciprocidad es vinculada a las formas de trabajo y de relación colectiva propias de los pueblos indígenas de Abya Yala, sin embargo, Quijano, en un ejercicio de actualización, la utiliza en el presente con la finalidad de promover un modelo relacional donde el trabajo y la fuerza de trabajo no estén determinadas por la mediación del capital, y para ello se requiere de un imaginario anticapitalista, puesto que la mera mutación de las formas de trabajo no asegura un proyecto de descolonización estructural. Será a través de cambios sistémicos profundos, tanto a nivel material como subjetivo, que se

torne posible avanzar en el camino de la decolonialidad del poder, del ser y del saber. Consciente de aquella interrelación, Hopkins nos ofrece un trabajo cuyo objetivo es adentrarse en las bases que Quijano propone para la configuración una “racionalidad alternativa” que aporte a las luchas que históricamente han intentado derrocar los regímenes de dominación y explotación impuestos por la modernidad/colonialidad. Esta racionalidad viene a potenciar los esfuerzos que desde diversas latitudes apuestan por una nueva “ecología de saberes”, la que será diseñada desde el reconocimiento y validación de las experiencias y conocimientos de aquellos que han sufrido la dominación colonial y capitalista en sus cuerpos, epistemes y territorios. Es por ello que se presenta como un modelo de racionalidad que pone en relación de conflicto las lógicas de la “reciprocidad” con las del “mercado”. Los argumentos que sustentan esta dialéctica quedan sintetizados del siguiente modo: mientras el mercado potencia la fragmentación y las jerarquías; la reciprocidad proyecta la reconstrucción del tejido social a partir de articulaciones que validen los intereses de la comunidad. Y será desde esta segunda opción que se podrá materializar aquellas utopías liberadoras, aquellas narrativas emancipadoras de nuestro continente.

Ya llegando al final de este libro, volvemos a reconocer la importancia que se asigna a los vínculos que Quijano establece con el marxismo. Son dos los textos que abordan esta problemática. El primero de ellos, escrito por David Gómez, plantea el concepto de “colonialidad” en diálogo con el legado marxista. La primera tesis de Gómez refiere a que la propuesta de Quijano en torno a la colonialidad, entendido como un sistema de clasificación racial de las poblaciones, no puede omitirse al momento de estudiar la conformación del capitalismo mundial, donde la división racial del trabajo cumple un rol estratégico. Quijano insistió a lo largo de su obra que el capitalismo mundial no obedece a un continuo lineal o evolucionista, sino que en él conviven, de modo simultáneo, diversas formas de explotación y extracción de plusvalía. Es por esta razón que el control esclavista del trabajo de los hombres y mujeres racializadas no puede situarse como una fase previa al desarrollo del capitalismo global, puesto que para Quijano ésta le es constitutiva. El autor de este ensayo establece que “el control del trabajo se imbrica con la clasificación racial de origen colonial” (Gómez, 2018, p.232). Seguidamente, Gómez ahonda en el problema de la dependencia, señalando que en el análisis histórico efectuado por Quijano sobre esta materia, nuevamente se torna imposible prescindir de las implicancias que la matriz colonial de poder presenta al respecto. En lo que compete a la dependencia que ha experimentado América Latina, es fundamental reconocer que desde la puesta

en marcha de la colonialidad del poder, pasando por los procesos de independencia, hasta la actualidad, se han implementado mecanismos de subordinación interna en estrecha relación a las reglas de regulación que impone el sistema capitalista mundial, por tanto, para superar el estado de obliteración no tan sólo se trata de una ruptura con el sistema de mando global, sino también con la colonialidad que se organiza al interior de cada una de las naciones que conforman la periferia del sistema mundo moderno-colonial-capitalista. El trabajo deja en evidencia que la preocupación de Quijano por explicar la conformación del capitalismo requiere una lectura desde la colonialidad del poder. Sin ella, toda comprensión del capitalismo se torna difusa, puesto que gracias a ésta la dimensión racial adquiere un estatuto teórico que complementa las lecturas ortodoxas del marxismo.

El segundo trabajo de esta sección, escrito por Óscar Martínez, gira a la inversa del anterior. Aquí la operatoria realizada es identificar las contribuciones del marxismo en el pensamiento de Quijano, sin que ello esté exento de una crítica situada por parte del pensador peruano. Martínez inicia este trabajo relevando la mutua concordancia entre Marx y Quijano en torno al rol del proletariado como sujeto histórico. Ambos concuerdan, según este análisis, que es el proletariado el encargado de reconfigurar la realidad, puesto que es él el sujeto revolucionario por antonomasia. No obstante, en el pensamiento de Quijano, la formación del proletariado está vinculada al colonialismo, otorgando una lectura que transmuta las coordenadas históricas que Marx plantea sobre su origen. Acto seguido, el escrito plantea la convergencia de ideas en torno a la noción de Estado, el cual, tanto para Marx como para Quijano, representa una estructura desde la cual la burguesía se legitima y ejerce dominio. Empero, al concebirse como institución de clase, el Estado es necesario para el proceso revolucionario que debe asumir el proletariado, puesto que se convertirá en un aparato central para ejercer la transformación social. Martínez da continuidad a su ensayo deteniéndose en la compleja categoría de la “acumulación del capital”, respecto a la cual reconoce divergencias entre los planteamientos de Marx y de Quijano. Para Quijano, es importante considerar dentro del proceso de acumulación de capital aquella población que para Marx pasa a convertirse en un “ejército industrial de reserva”, porque a diferencia de este último, el sociólogo peruano reconoce en el trabajo marginal una fuerza de trabajo que está tributando de igual modo a la acumulación capitalista, argumentando que el capital “se acumula desde distintas determinaciones” (Martínez, 2018, p.264), producto de la coexistencia de diversas formas de acumulación capitalista en el marco de la totalidad del

sistema mundo moderno-colonial. Finalmente, Martínez logra despejar las convergencias y divergencias que el marxismo genera en el pensamiento de Quijano al momento de abordar los aspectos centrales de su teoría en torno a la colonialidad del poder, a través de la cual se irá desplegando un pensamiento cada vez más autónomo y en directa sintonía a las problemáticas que aquejan a América Latina en el contexto del sistema de mando global.

Con todo lo hasta ahora señalado, me atrevo a establecer que la obra coordinada por Víctor Pacheco se convertirá en una referencia obligatoria para comprender la complejidad del pensamiento de Aníbal Quijano. Adicionalmente, me parece central enfatizar que trabajos de sistematización del pensamiento regional como el que aquí reseñamos, son hoy fundamentales para validar el quehacer intelectual de nuestra región, proyectar agendas de investigación que atiendan los grandes problemas que la colonialidad y el capitalismo generan en nuestros contextos de vida, así también, para relevar aquellos agenciamientos que buscan *romper la jaula de la dominación...*

CLAUDIO MALDONADO RIVERA,
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO.